Fundación Sin Fines de Lucro
Declarada de interés especial por la Legislatura del Gobierno de la Ciudad

www.cineclubnucleo.com.ar

Exhibición n° 7114 7115 Martes 13 de abril de 2009
Temporada n° 56 **Cine GAUMONT**

ENTRE LOS MUROS (*Entre les murs,* Francia-2008). *Dirección*: LAURENT CANTET. *Argumento:* sobre un libro de François Bégaudeau. *Guión:* François Bégaudeau, Robin Campillo, Laurent Cantet. *Fotografía:* Pierre Milon. Asistentes de dirección : Aurelio Cardenas, Mathieu Danielo. *Montaje*: Robin Campillo. *Mezcla de sonido:* Olivier Mauvezin. *Elenco:* François Bégaudeau (François Marin), Nassim Amrabt, Laura Baquela, Cherif Bounaïdja Rachedi, Juliette Demaille, Dalla Doucoure, Arthur Fogel,, Damien Gomes. *Productor:* Caroline Benjo, Carole Scotta. *Productoras*: Haut et Court, Canal+, Centre National de la Cinématographie (CNC), France 2 Cinéma, Memento Films Production. *Duración original:* 128'.

Este film se exhibe por gentileza de Primer Plano Film Group

El film

Las cuatro paredes de una clase y los otros tantos muros de una escuela, un grupo de alumnos multiculturales, un puñado de profesores luchando contra lo imposible y un propósito: mostrar el presente. Eso es **Entre los muros**. Y es mucho. Dicen no pocos sociólogos y filósofos sociales (Bauman, Beck, Luhmann...) que la característica o contradicción más destacada del momento presente (llámese posmodernidad, modernidad líquida o tardía, capitalismo global o neoliberal...) es la absoluta incongruencia entre los problemas y las soluciones, entre el poder y la política: estando afectados por problemas o conflictos de orden global, sólo sabemos proponer soluciones de alcance y naturaleza locales (responder con políticas autonómicas a crisis mundiales, inventar recetas fiscales nacionales para combatir movimientos financieros internacionales… o solucionar los conflictos educativos desde el interior de una escuela).

Ante esta incongruencia que nos define caben dos opciones consolatorias: declarar la globalidad de los problemas para inmediatamente después decretar la imposibilidad de solucionarlos (”nada se puede hacer, esto es lo que hay”); o refugiarse en lo local, lo cercano o inmediato (poco importa que sea la identidad -la sexual o la otra-, el centro de trabajo o el equipo de futbol; la familia, el barrio, el pueblo o la supuesta nación) y hacer como si lo global no existiese y no nos afectase. Como si fuese suficiente imaginar pequeños mundos perfectos e identificar después a los responsables de que tales ensoñaciones no se pongan en práctica (”los poderosos”, “los hombres”, “los burócratas o los políticos”, “los barrios, pueblos o naciones vecinas”…).

Pero cabe una tercera opción, la de la película que hoy toca: trazar una frontera entre lo local y lo global (en este caso entre la escuela y el mundo fuera de la escuela), encerrar la mirada (en este caso la cámara, la narración, la película misma) en ese orden local (en los cuatro muros de una escuela interracial parisina), para mostrar, sin enseñar, todo aquello que desborda la clase, la escuela, el barrio y la ciudad misma. Sin salir de los muros de una escuela, sin que la cámara muestre otra cosa que lo que ocurre en una clase durante un año escolar, el espectador ve y va mucho más allá: familias estructuradas y desestructuradas, mercados de trabajo, imágenes del mundo que funcionan como auténticas prisiones mentales, conflictos internacionales y movimientos migratorios, jerarquías sociales, salariales, mundiales… No hace falta enseñar para que el ojo perciba, y Cantet se mueve a la perfección en esa frontera que, separando lo local (la escuela) de lo global (un mundo que no se ve pero que está permanentemente presente), muestra su irremediable imbricación.

No hay, por tanto, soluciones (ni los burócratas ni los políticos, ni la desilusión de los profesores ni ningún tópico del estilo aparecen aquí como los responsables de la selva educativa actual), no hay concesiones al optimismo ni ocultación de la complejidad del conflicto. Se muestra lo que hay: impotentes soluciones locales a inabarcables problemas globales. Y se muestra todo esto con una precisión rara veces vista: precisión en los diálogos (nada sobra en lo que se dice, ningún diálogo encubre manifiestos, propuestas o proclamas), precisión en la actuación (jóvenes interpretándose a sí mismos con tal elocuencia y credibilidad que es la propia interpretación la que parece ausente, y profesores tan reales como débiles y llenos de conflictos), precisión, también, en la elección de las escenas, los personajes y los temas…

La película muestra una cosa más, esta vez para el cine y los que lo hacen: cuando se tiene algo que contar (y cada vez ocurre con menos frecuencia), cuando se tiene claro por qué y para qué contarlo, cuando, en resumen, hay una verdadera necesidad narrativa, el cómo (la actuación, la dirección, los diálogos y demás elementos narrativos)… simplemente funcionan como el mecanismo de un reloj.

(7 de enero de 2009, extraído de www.cineforum.universiablogs.net)

"¿Cuál es tu sitio?" Con esta pregunta concluye **Recursos humanos** (1999), primer largometraje del director Laurent Cantet. Aquella frase que daba pie a los títulos finales del filme, previo y reflexivo fundido a negro, podía parecer una pregunta directa al rostro del espectador, una consecuencia evidente de la forzada toma de conciencia sufrida por los protagonistas en la segunda parte del metraje. En cambio, se vuelve hacia él mismo para terminar recorriendo el resto de su trabajo como cineasta. Todos los protagonistas de sus siguientes películas actuarán de acuerdo a esa búsqueda. Teniendo en cuenta esa inquietud, parece lógico que su corta filmografía aparezca menos homogénea de lo que un primer vistazo transmite. Por mucho que desde un comienzo se identificaran sus películas con una tradición festivalera asociada a una confusa idea de cine de autor y de calidad francés. En ese ambiente y como los personajes de sus historias, Cantet daba suficientes muestras de estar buscando su lugar y, en el trance, de ser un híbrido. De partes bien ensambladas, pero híbrido al fin y al cabo, con dificultades para ser etiquetado.

De esta forma, parecía manejar indistintamente y con gran solvencia la calidez y el nervio de Robert Guédiguian (**Recursos humanos**, 1999), la distancia más fría, pero igual de analítica, de los Dardenne (**El empleo del tiempo**, 2001) o la refinada estructura de personajes y diálogos de John Sayles (**Hacia el sur**, 2005). Con todo, la obra de Cantet no quedaba como puro remedo, pues aportaba suficientes datos temáticos, visuales y narrativos como para ser considerada original. La problemática laboral y la distinción de clase, las complejas y a menudo frustrantes relaciones familiares - en especial la paterno-filial -, la división entre capital y provincias, la brecha generacional; en resumen, una preocupación evidente por las cuestiones sociales. Retratos pausados y profundos que intentaban escapar de la velocidad y el maquillaje con las que la actualidad trataba de sumergirlos.

Su carrera cinematográfica, ahora, termina desembocando en el aprendizaje, en la enseñanza, con **Entre los muros** (2008) como perfecta canalización. Sigue así la estela de quienes han impartido a través del cine lecciones magistrales de historia y conocimiento en los últimos años: Ermanno Olmi o Nicolas Philibert. Para ello, recurrirá a un soldado raso, a un profesor de instituto que, como él, empleará la pregunta como cimiento del discurso, esto es, la vuelta a una mayéutica que chocará con el eterno rechazo e incomprensión del método.

Enclaustrado en aulas y despachos, el envoltorio formal y narrativo de la película podrá ser calificado de cualquier manera menos de documentalista. Empezando por un formato panorámico que no determina por sí mismo pero que incorpora una dimensión plástica demasiado poderosa para ser obviada. Aunque, con frecuencia, las transiciones entre planos y la reordenación del movimiento huyan tanto de las composiciones académicas o efectistas, que con tanta frecuencia ofrecen los grandes rectángulos, como de las rupturas caprichosas. De la misma manera, la aparente naturalidad de los actores no profesionales queda muy matizada en sus parlamentos, sobre todo en las secuencias exclusivas entres profesores. A pesar de ello, la fuerte voluntad de estilo de su obra precedente, sin desaparecer, queda diluida en un claro ejemplo de cesión ante las necesidades del tema.

La cruda apropiación histórica que se ha hecho de la enseñanza por parte de diferentes ideologías y religiones, tampoco resulta ajena al tratamiento de las obras que la incorporan como argumento. En este sentido, **Entre los muros** siempre será susceptible de recibir ataques, lo curioso es que, en esta ocasión, vinieron y vendrán los elogios de las clases dirigentes. Las mismas que han desmantelado o degradado los sistemas educativos, se permitirán el lujo de recomendar y alabar los esfuerzos fotografiados en este filme. Este enfoque político e ideológico del problema, en positivo o negativo, será falaz y de una obscenidad insoportable, en tanto aparece como un auténtico ejercicio de propaganda adscrita a unos intereses. Y todos sabemos que si en algo se sustenta la enseñanza es en la generosidad, aunque no sea reconocida y aunque cueste practicarla no ya cada día, sino cada hora, cada clase.

El verdadero valor documental del filme no será cuestión de superficie, es decir, cinéfila, sino que radica en su capacidad para mostrar la culminación en el presente de un problema histórico sin resolver. La arrogancia de las democracias europeas coloniales quedará al descubierto cuando uno se asoma a esta clase. Incapaces de otra cosa que no fuera saquear en su visita africana, dejaron como herencia un continente que demostrará cómo se puede ser decadente sin, paradójicamente, haber vivido una etapa de esplendor. Esa decadencia, que no viene de una degeneración de algo mejor o agotado, sino que es el modelo directo implantado como efecto del abandono y del aprovechamiento de unos pocos de esas parcelas de poder liberadas, encontrará reflejo en la propia decadencia de los sistemas educativos: sin un referente brillante al que acudir, sin soporte fiable, como arrojada en paracaídas sobre un campo de lanzas clavadas en el suelo. De esa frustración de los que viven a diario la situación se pasará con facilidad a la rabia, como le sucede a François Bégaudeau (actor al tiempo que autor de la novela autobiográfica representada), quien comprueba que el sistema, en realidad, le ofrece poca cobertura. No quedándole otro remedio que aferrarse a las personas, comenzando por él mismo, por su responsabilidad, por un compromiso autoexigido, al tiempo que elástico, que no necesitará de ninguna otra deontología burocrática. Los fogonazos de esperanza,

inteligencia y brillo que aparecen en fugaces conexiones con sus alumnos, le ofrecerán al menos un respiro.

En **Touki Bouki**, película dirigida por Djibril Diop Mambéty en 1973, una pareja de jóvenes senegaleses, adolescentes entre la inconsciencia, la pillería y el desencanto que parecen extirpados de de un filme de Jean-Luc Godard, padecía la corrupción heredada de la época colonial al tiempo que veían en la emigración la salvación; París, gracias a la voz craquelada de Josephine Baker, era el paraíso. No sabían que décadas después, de haber salido de Senegal, la que podría ser su descendencia se convertiría en parte del alumnado de esta clase, el cual, renegará del paraíso prometido como muestra del fracaso identitario sufrido. Aislados en los suburbios, en estereotipos (el fútbol, la ropa, la música, los nombres, etc.) de un país de origen que ni siquiera conocen y recelando los unos de los otros, confundirán la identidad con el provincianismo, como bien demostrará Esmeralda, ufana de salir de su distrito parisino - como en su día pudieron hacer los protagonistas de **El odio** (Mathieu Kassovitz, 1995) - para realizar compras en otro de un estatus más elevado.

A la defensiva de todo, el nuevo *vitellonismo* multiétnico del siglo XXI se mueve entre los muros de una clase o de un barrio incrustado en una gran capital. La principal tarea de este profesor no será ejercer de eventual redentor que derriba dichas paredes, sino animar a que lo hagan ellos mismos para poder vivir extramuros de ese conformismo adocenado por unos clichés disfrazados de rebeldía juvenil. Y, en el peor de casos observar, con mayor o menor resignación, como nada de eso sucede o se retrasa demasiado en el tiempo. Con la pregunta que encabezaba esta reseña, Cantet quería encontrar su sitio y, con su última película, trata de responderse a sí mismo no sin dudas. Su manera de hacerlo será exponer el proceso humano, por desgracia doloroso, que conduce a ese incierto y difícil encuentro.

(Roberto Amaba, extraído de www.kinodelirio.com)

SOLICITAMOS APAGAR LOS CELULARES DURANTE LA EXHIBICIÓN

Usted puede confirmar la película de la próxima exhibición llamando al 48254102, o escribiendo a nucleosocios@argentina.com

Todas las películas que se exhiben deben considerarse **Prohibidas para menores de 18 años.**